

blante al universo, destruir la idolatría y hacer reconocer á Jesucristo crucificado por Hijo de Dios? Hayan dicho, en hora buena, en otro tiempo un Juliano apóstata, un Porfirio, un Celso, y diganlo también en nuestros días los libertinos y los impíos si quieren; que la elección de Jesucausto fué por política, y que escogió gente ruda y simple porque no pudo hacer que lo siguiesen los sabios y la gente de espíritu; pero sepan que si Jesucristo no pudo hacer que lo siguiesen sino gente simple y hombres ignorantes: estos simples y estos ignorantes se han hecho seguir de los sabios de la tierra los mas iluminados; estos simples y estos ignorantes han convertido el universo, las ciudades, las provincias y aun las naciones mas cultas y mas bien instruidas de todo el mundo. Los antiguos impíos nada han podido oponer á esta verdad, y los modernos jamas podran destruirla. ¿No es este un hecho auténtico anunciado por Jesucristo en aquel mismo tiempo en que ni aun era verosímil, y cuya certeza ha pasado de siglo en siglo hasta nosotros que estamos viendo su cumplimiento?

Lo tercero. *Consideremos cómo Jesucristo llama á Pedro y Andrés* con una sola palabra y de paso, y ellos luego al punto abandonadas las redes lo siguieron. ¡Ay de aquel á quien la pasión ó la distracción impide oír esta palabra! ¡ay de aquel que habiéndola oído no quiere comprenderla, la disimula, la restringe, la modifica! ¡ay de aquel que habiéndola comprendido la desprecia, difiere el obedecer, espera que se la repitan y sofoca la memoria, ó para no responder á ella ó para retirarse vilmente después de haber respondido! ¿Cuántas veces nos ha llamado Jesús para que lo sigamos y para que lo sirvamos con una fervorosa y santa vida, sin que nosotros nos háyamos dignado de responder á un tan dulce y tan honroso llamamiento? ¿No es verdad que siguiendo á Jesucristo y estando en sus divinas manos hubiéramos tal vez sido unos santos, y acaso unos instrumentos de que se hubiera servido para la salvación y santificación de muchos? ¡Qué pérdida! ¡qué desgracia! Pero no hay que desesperar; nos llama aun; escuchemos su voz; empecemos hoy, aunque tarde, á seguir este divino Maestro; prométámonse seguirlo en adelante con fidelidad y con constancia.

### PUNTO III.

JESUS LLAMA Á JACOBO Y Á JUAN PARA QUE LO SIGAN.

“De allí caminé adelante; vió otros dos hermanos, Jacobo de Cebedeo y Juan su hermano, en una barca juntos con su padre, que componian las redes, y los llamó . . . y ellos dejando las redes lo siguieron . . .” Consideremos:

Primero. *Cómo Jacobo y Juan obedecieron con alegría.* Juan había contado á Jacobo su hermano mayor y á su padre Cebedeo, el milagro que Jesús había hecho en Cana y de que él había sido testigo, y otros milagros hechos en Cafarnaüm. Este tierno padre estaba fuera de si con tantas maravillas y con alegría de que el mas joven de sus hijos hubiese ya sido admitido en el número de los discípulos del Mesías. El mas grande, Santiago ó Jacobo estaba lleno de una santa envidia de su hermano, cuando Jesús los llamó á los dos . . . ¡Cual fué la alegría de estos dos hermanos! ¡cual el júbilo de los cuatro amigos al verse reunidos en la compañía de Jesús, su comun Maestro! El que no mira la vocación de Dios como un insigne favor, comienza á hacerse indigno y corre riesgo de ser presto infiel.—Cebedeo su padre, que se vió de un golpe privado de sus dos hijos, bien lejos de lamentarse dió gracias al Señor, porque multiplicaba sobre él sus favores y sus beneficios. ¿Un padre cristiano podrá mirar de otra suerte la vocación de sus hijos al estado eclesiástico ó religioso?

Lo segundo. *Cómo Jacobo y Juan obedecieron con generosidad.* Se separaron de un padre tiernamente amado; no van ni á despedirse de su madre, de quien también conocian la ternura; dejan como los dos primeros, las barcas y las redes en manos de los mozos y de su padre, sin saber cuándo ó si en algun tiempo las volverán á tomar; y finalmente, todos abandonan un género de vida á que estaban acostumbrados y la ocupación que formaba todas sus riquezas. Pero acaso dirá alguno que todo era poco: ¡ay de mí! Yo respondo que aquello que impide seguir á Jesucristo con una fidelidad completa y entera, y lo que Dios nos manda dejar por su amor, seguramente es en sí cualquier cosa de menos, y con todo eso no podemos resolvernos á dejarlo.

Lo tercero. *Obedecen con prontitud:* luego, en un momento, sin dilación, al primer eco de la voz, lo abandonan todo.—Modelo perfecto de obediencia religiosa. La prontitud, segundo indicio del fervor, hace el principal mérito de la obediencia, que para ser digna de Dios, no debe ser menos pronta que la de las criaturas inanimadas que obedecen sin dilación á la voz de su Criador; ella debe ser semejante á aquella que ó de grado ó por fuerza tendremos en la muerte cuando nos llame; obediencia que no se podrá retardar entoncez un momento, ni por negocios comenzados, ni por otra ninguna causa que tengamos entre manos.

### PETICION Y COLOQUIO.

Si, ¡oh Dios mío! cuando se tratare de vuestro servicio, no me dejaré entretener de algun otro interés; renunciaré, si es necesario, cuanto mas estimado en este mundo, y abrazaré lo que sea mas difícil por obedecer á vuestras órdenes y por

mostraros mi docilidad. Sostened esta resolución con vuestra gracia, ¡oh Señor! para que yo sea vuestro en el tiempo y en la eternidad. Amen.

### MEDITACION XXXVI.

#### PRIMER VIAJE DE JESUS A JERUSALEN PARA LA FIESTA DE LA PASCUA.

San Juan, c, II, v. 13, 25.

Primero, Jesús echa fuera del templo los profanadores del lugar santo. Segundo, responde á los judíos que se lamentan de esto. Tercero, penetra el fondo de las razones.

### PUNTO I.

#### ECHA FUERA DEL TEMPLO LOS PROFANADORES.

“Y estaba cerca la Pascua de los judíos, y Jesús subió á Jerusalem . . .” Esta era la primera Pascua, después de haber comenzado su vida pública. Hasta este tiempo no se había dejado ver en la capital. Era en ella conocido solo por el testimonio de su precursor y por el estrépito de los milagros que había ya hecho en Galilea. Esto, sin duda, era suficiente para disponerla á aprovecharse de la presencia de Jesucristo y á prevenirla en favor de su doctrina, si su obstinación no hubiera sido siempre insuperable. Jesús entró en ella algunos días antes de la Pascua, seguido de cuatro discípulos que había llamado, pasando á la ribera del mar de Tiberiades Pedro, Andrés, Jacobo y Juan. Habiendo llegado, se fué luego al templo, donde quiso darse á conocer con un acto de autoridad que debió ser de grande estrépito, echando de la casa de Dios los profanadores que la deshonraban, y que los sacerdotes ya de mucho tiempo sufrían sin pensar en remediar este desorden . . .

Lo primero. *Consideremos quiénes eran estos profanadores?* “Y encontró en el templo gente que vendía bueyes, ovejas y palomas, y banqueros que estaban sentados . . .”

Estos profanadores eran en parte judíos interesados que tenían una especie de mercado en el primer atrio del templo, vendiendo las cosas necesarias para los sacrificios, y en parte eran banqueros que por la pública comodidad hacian un comercio muy lucroso, dando con cierta ganancia monedas de metal bajo, en cambio de las de oro y de plata que se le suministraban. ¿Cuáles son ¡ay de mí! los profanadores de nuestras iglesias,

infinitamente mas respetables por la presencia sacramental y real de Jesucristo, que el templo de Jerusalem? Son personas que vienen solo por ver, y ser vistas, que entran hasta los pies de los altares con mucho menos respeto y compostura que en la casa de un grande del mundo; que comparecen con tanto fausto, orgullo, inmodestia ó indecencia, como si fueran á presentarse en una asamblea profana; que allí hablan con mas libertad que en una sala de espectáculo; que en el tiempo mismo en que parece que quieren en lo exterior dar á Dios algun obsequio, tienen el corazón y el espíritu ocupados con objetos inútiles ó malos, y que finalmente, salen con mayor distipación y agravados de mayor número de pecados que cuando entraron. ¿No soy yo acaso también de este número?

Lo segundo. *Observemos cómo Jesucristo trata estos profanadores.* Su escandalosa profanación se toleraba, había pasado á uso y costumbre, y ya no se hacia caso de ella. Era vista de todos la negociación, y ninguno la reprobaba. Jesucristo no pudo sufrir este escándalo; se indignó: el lugar santo que se probaba con tan poco miramiento, era la habitación de su Padre, y á él tocaba tomar la venganza. “Y hecho como un latigo de cuerdecillas de junco, á todos los echó del templo, y las ovejas, y los bueyes, y echó por tierra el dinero de los banqueros; y derribó los bancos. A los que vendían las palomas dijo: quitad de aquí estas cosas, y no queráis hacer la casa de mi Padre casa de negociación . . .” ¿Cuántas cosas que nosotros mismos excomulgamos en nosotros y miramos como ligeras y como autorizadas, ó á lo menos toleradas con el uso y con el ejemplo de los otros, no son miradas por Jesucristo con semejantes ojos! La iglesia es casa de Dios. Y nosotros somos tiempos viros del Espíritu Santo. Examinemos si en nuestros corazones hay alguna cosa que quitar, que pueda ofender los ojos de Jesucristo y traer sobre nosotros el rigor de sus castigos. Aprendamos, pues, á regular nuestra conducta y nuestros juicios, no sobre el uso de los hombres, sino segun la norma de la santidad de Dios, á quien servimos.

Lo tercero. *Consideremos el celo que mostró Jesucristo en esta ocasion; celo profetizado, celo abrasador. Celo profetizado.* Los cuatro discípulos, testigos del suceso, y que habían visto siempre en Jesucristo un aire y semblante de bondad y de dulzura, quedaron sorprendidos á vista del rigor de esta acción. *Se acordaron que está escrito en el salmo:* que frecuentemente se rezaba en sus sinagogas: *el celo de tu casa me ha consumido*, y vieron que esta profecía se verificaba perfectamente en la persona de su Maestro. Este oráculo se debe también cumplir en todos aquellos que Jesús ha llamado á su ministerio.

1 Salm. LXVIII, v. X.

Celo de Jesucristo, *celo abrasador* y devorante, que tenía por principio á Dios solo. Este divino Salvador estaba penetrado de la grandeza de Dios su Padre y lo amaba con un amor perfecto; de esto nacía aquel celo vivo y ardiente de que estaba animado. ¡Ah! si tuviéramos por Dios nuestro Padre los mismos sentimientos de respeto y de amor; ¡cuánto mas ardiente, sabio, iluminado y eficaz sería nuestro celo! El celo que tiene por principio la pasión, que es nacido de un espíritu selvático y crítico, de un temperamento ardiente é inquieto, de la cólera, de la antipatía y del odio del prójimo, del orgullo y del deseo de hacerse visible; un tal celo se manifiesta por sí mismo, se hace despreciable y expone los culpados. Pero el que viene de Dios está lleno de decencia en sus movimientos, de santidad en sus palabras, de gravedad en sus ordenes y de autoridad y majestad en la persona que de él está llena. A un celo semejante todo conviene que ceda y nada hay que pueda resistir.

## PUNTO II.

JESÚS RESPONDE Á LOS JUDÍOS.

Primeramente: *Examinemos la pregunta que le hacen los judíos.* “Respondieron, pues, los judíos, y le dijeron: ¿con qué señal manifiestas el poder hacer estas cosas?”

Estos judíos tenían sin duda alguna autoridad en el templo, como los sacerdotes, los escribas y levitas. Su pregunta da á entender por lo menos en ellos mucha animosidad, envidia é incredulidad. Para remediar, decían ellos, los abusos públicos, es necesaria la pública autoridad; una misión extraordinaria del cielo: muéstranos, pues, tu poder y las señales de una legítima autoridad que justifique lo que has hecho; ó si eres profeta y enviado de Dios, da pruebas de esta cualidad haciendo aquí algún prodigio; damos una señal de tu misión obrando algún milagro. Pero la acción que Jesucristo había hecho ¿no era en sí una señal sensible de su divino poder y una prueba de su autoridad? Cuatro galileos, discípulos de Jesucristo, habían reconocido en esto el cumplimiento de una profecía que mira al Mesías, y estos sabios de Jerusalem no ven aquí cosa alguna grande, y antes se escandalizan. Mas si para ellos se necesitaba otra prueba ó otra señal, no era necesario que esta se diese con un milagro. Los testimonios de Juan Bautista, de que ya habían oído hablar, no eran otras tantas pruebas en su favor? Cuando ellos mismos enviaron diputados al santo precursor, estaban dispuestos, según decían, á creerlo si les hubiese dicho que él era el Mesías; ahora pues, ¿no era

Juan por ventura mucho mas digno de fe, cuando le nombró otro, sabiendo todos que el Mesías indicado por Juan era Jesucristo? Por qué, pues, pedirle ahora un milagro? Y finalmente, si era necesario un milagro, ¿el suceso de la acción hecha por Jesucristo, no lo era ya de esta naturaleza? ¿Cómo un hombre solo si no estuviese autorizado por Dios, habría podido emprender y ejecutar un semejante proyecto, sin que entre tantos interesados en oponersele, ni uno solo se atreviese á hablarle ni á defenderse? ¿Cómo todos estos vendedores y todos estos banqueros se habrían dejado tratar de esta manera, si no hubiesen sentido la impresión de la divinidad que estaba en Jesucristo? ¿No es un milagro, dice san Gerónimo, que un hombre solo, sin compárcere revestido de alguna autoridad, hubiese hecho sin la mas mínima resistencia, lo que había hecho Jesucristo? Convénese, pues, decir, dice este Padre, que un fuego celestial resplandeció en sus ojos y que vieron en su frente la Majestad divina. . . .

Y si se requerían aun mas milagros, ¿ignoran acaso estos judíos lo que Jesucristo había hecho en la Galilea? ¿Los mismos que los habían visto no se hallaban entonces en Jerusalem puntualmente para celebrar la Pascua? ¿no los habían contado? ¿qué eran estos tan insensatos ó tan mal intencionados? ¿Ay de vosotros endurecidos! Jesucristo los hará en Jerusalem; vosotros los vereis, pero no los creereis. . . . Cuando el corazón está enajenado por una pasión, ninguna cosa hay poderosa para ganarlo. Se necesita, según los incrédulos, que Dios hiciese un milagro para cada uno de ellos en particular, y que lo hiciese en la especie y en la manera que ellos lo quisiesen. ¡Ah! no lo usa hacer así el Autor del universo. El no puede aceptar la ley de sus criaturas, sus caminos son mas elevados, mas majestuosos, mas dignos de él y mas independientes. No concede prodigios á aquellos que están empeñados en pedirlos por la incredulidad ó por la malignidad, porque con semejantes disposiciones no se piden para convencerse sino para impugnarlos.

Lo segundo. *Observemos cuál fue la respuesta de Jesucristo y en qué sentido la tomaron los judíos.* “Los respondió Jesús y les dijo: deshaiced este templo, y yo en tres dias lo volveré á poner en pie. Dijeron, pues, los judíos: este templo fué fabricado en cuarenta y seis años, ¿y tú lo volverás á poner en pie en tres dias? . . .” Esta misma es el temperamento de nuestros espíritus fuertes, que en las cosas de religión lo toman todo en un sentido grosero y puramente material. ¿Y qué? judíos que se glorian de estar instruidos, que estaban acostumbrados á los sentidos figurados, á los enigmas, á las parábolas, ¿no sospechaban alguna cosa semejante en las palabras de Jesucristo? Cuanto mas imposible les parecía la cosa, tanto mas debían juzgar que no se debían tomar los términos de la respuesta como sonaban. Debían, pues, pedirle al que la dió, que les de-

clarase en qué sentido la entendiese, ó si no se atrevían á pedirselo, debían, como lo hicieron los apóstoles, esperar á que el tiempo les revelase el misterio y les diese la explicación.—Lo mismo debemos hacer nosotros cuando encontramos oscuridad en la Escritura, en nuestros misterios, y en la conducta de Dios para con los hombres. Seamos siempre igualmente fieles á Jesucristo y sumisos á su Iglesia. Dios tiene sus momentos, y el tiempo lo descubrirá todo. Pero este partido es demasiado humilde y demasadamente cuerdo para los sabios orgullosos. . . . Estos comenzaron á disentir sobre el templo material en que se hallaban, á calcular eruditamente cuánto tiempo se había empleado en construirlo y ponerlo otra vez en el estado en que estaba, á deducir que la palabra del Salvador incluía una contradicción manifiesta, y finalmente, se retiraron mas incrédulos de lo que habían venido. . . . Justo castigo de su orgullo y de su voluntaria ceguedad. *El, pues, hablaba del templo de su cuerpo. . . .* de aquel cuerpo divino que los judíos habían clavado en la cruz, y que después había de ser sepultado, y á los tres dias resucitar.—¡Oh cuerpo admirable! vos soy efectivamente el verdadero templo de Dios; en vos reside la plenitud de la divinidad y por vos nos acercamos á Dios, y nos unimos á él, recibiendo en el divino Sacramento.

Lo tercero. *Consideremos qué efecto produjo después la respuesta de Jesucristo.* Esta respuesta era una predicción con la que el Salvador decía á los judíos: vosotros sacrificáis el templo de mi Padre á vuestra avaricia, y del mismo modo sacrificaréis mi cuerpo á vuestra envidia. ¿Y qué sucederá? Que aquel mismo poder que ha obrado lo que ahora os ocasiona escándalo y confusión, hará al fin un prodigio que vosotros no sabreis comprender y bajo cuyo peso quedareis oprimidos. Este prodigio es la resurrección de mi cuerpo, que se hora á los tres dias que seguirán á la destrucción que habreis hecho. Yo entonces seré vencedor de la muerte, y mi resurrección establecerá perpetuamente la verdad de mi misión. Esta predicción tuvo efecto en el tiempo destinado. “Esto es, entonces cuando resucitó de la muerte se acordaron sus discípulos cómo él había dicho esto; y creyeron á la Escritura y á las palabras de Jesús. . . .” Así la misma palabra cegó á los judíos incrédulos y ocasionó la muerte á Jesús; consoló á los discípulos de este divino Salvador, y aseguró en fe cuando vieron su cumplimiento: convirtió á los gentiles y los convenció de la divinidad del Mesías.—¡Oh sabiduría divina! y cómo con una palabra sola castigais vuestros enemigos, os sacrificais por nosotros, formais vuestra Iglesia y consolais á los que creen en vos!

## PUNTO III.

JESÚS PENETRA EL FONDO DE LOS CORAZONES.

Lo primero. *Conoce á los que no creen en él.* “En el tiempo, pues, que estuvo en Jerusalem por la Pascua y por la solemnidad, muchos creyeron en su nombre viendo los milagros que hacía. . . .” Jesús no rehusó dar al pueblo, que había concurrido entonces á Jerusalem, la grande prueba de su misión. Los judíos le habían pedido un solo milagro, y él hizo tantos y tan grandes, que muchos creyeron en él.—¡Ah! ¿por qué no creyeron todos? Por un obstinación. Jesús les creyeron todos? Conoce tambien ahora á todos los que no creen en él. El solo conoce hasta qué punto cada uno de ellos es culpable, porque él solo conoce la medida de las gracias y de las luces á que han hecho resistencia. Pero sin examinar hasta qué punto son culpables, cosa que no toca á nosotros, compadecemos á ellos, rogamos por ellos, y consideremos que nosotros mismos seriamos culpables si tuviéramos la desgracia de ser del número de los que no creen.

Lo segundo. *Jesús conoce los que creen en él.* “Muchos creyeron en su nombre. . . .” Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía á todos. . . . En el corazón de aquellos judíos volubles é inconstantes que fueron arrebatados de la admiración de los milagros de Jesucristo mas que del amor por la verdad y de la estimación de su persona, leía el Salvador claramente, que un dia pedirian su sangre y que entre ellos no había seguridad alguna para él. Conocía que aquellos hombres que entonces parecían tan dedicados á él y que creía tambien en él, estando rodeados de aquellos que no creían, no habían de tener por la mayor parte una fe bastante firme para resistir al ejemplo, á la autoridad, á los artificios y á las calumnias de estos. Estaba por tanto resuelto á no fiarse del afecto presente que le manifestaban, ni de la admiración imprevista de que los veía sobreecogidos.—Nosotros creemos en Jesucristo, y en ciertos tiempos renovamos los sentimientos de penitencia que edifican la Iglesia; momentos de penitencia que edifican la Iglesia; momentos en que Jesucristo hacer cuenta; pero ¿ay de mí! ¿puede Jesucristo hacer cuenta con nosotros y fiarse de nuestras promesas? y en nosotros aquella generosa determinación de observar su ley en todas las cosas, de separar todas las dificultades, de vencer todas las tentaciones, de despreciar todos los respetos humanos, de resistir á todos los malos ejemplos, de evitar todos los escándalos y de huir todas las ocasiones de ofenderlo? ¿no ve, al contrario, en la mayor parte de nosotros, fieles sin fe, corazones sin piedad, voluntad sin acción, ó á lo menos una fe tan débil y tan languida, que presto ó tarde cede, y sigue el torrente, la multitud, la política y el mundo?

Lo tercero. *Jesús conoce el hombre en el hom-*

bre mismo, sin el testimonio de alguno.—“Y por que no tenía necesidad de que alguno diese testimonio del otro. Porque por sí mismo sabía lo que había en el hombre...” ¡Oh! ¡y cuán ciego es el testimonio de los hombres! No pueden pensar, juzgar, hablar y dar testimonio de los otros, mas que sobre las exteriores apariencias. Y qué cosa hay mas expuesta á engaños? Aun aquellas apariencias que deberían echarse á buena parte por la caridad, ¿no se echan las mas veces á la mala por la perversidad? Por esto en orden á nuestro prójimo, sobre quien no tenemos algun derecho, no hagamos de él jamás juicio alguno sobre el testimonio de los hombres. Creemos caritativamente el bien que de él se dice, y odiamos lo que de él se dice, y no nos damos fe alguna al mal que de él se puede decir. Respecto de aquellos de quienes tenemos derecho de informarnos, en el recibir el testimonio de los hombres, consultemos la caridad, la prudencia y la justicia, implorando al mismo tiempo las luces de aquel que no tiene necesidad del testimonio de alguno. Finalmente, respecto de nosotros mismos, hagamos poco caudal de los discursos y de los pensamientos de los hombres. No debemos ensoberbecernos por las ideas favorables que se puedan tener de nosotros, ni inquietarnos por cuanto puedan algunos pensar y decir en contra. Jesús ni nos conoce ni nos juzga por el testimonio de nuestros amigos ni por el de nuestros enemigos. En el bien que de nosotros se dice, debemos hallar de qué humillarnos y en el mal de qué instruirnos, refiriendo todo á aquel que nos ve en nosotros mismos, sin solicitar merecer la aprobacion de otro que de él mismo.

## PETICION Y COLOQUIO

¡Ay de mí! Señor, ¿qué es lo que he hecho cuando he buscado la estimacion de los hombres? He procurado engañarlos sin pensar que me engañaba á mí mismo y que no podía evitar la penetracion y la severidad de vuestra vista. ¿Qué es lo que he hecho cuando me he contrariado por el desprecio que de mí hacian los hombres? Me he olvidado que merecia los vuestros, y que los de los hombres sufridos por vuestro amor podian servirme para satisfacer por mis pecados y para purificarme á vuestros ojos. Sed, ¡oh Jesús mío! el único testigo de mi vida, el solo de quien tema los desprecios, y el solo de quien reciba los consuelos, las complacencias y los favores. Amen.



## MEDITACION XXXVI.

## CONFERENCIA DE JESUS CON NICODEMUS.

San Juan, c. III, v. 1, 22.

Esta conferencia nos enseña que hay obstáculos para la fe difíciles de vencer, de los que triunfó Nicodemus. Primero, por parte del mundo, segundo, por parte del espíritu; tercero, por parte del corazón.

## PUNTO I.

## OBSTÁCULOS POR PARTE DEL MUNDO VENCIDOS POR NICODEMUS.

“Y había un hombre de los fariseos llamado Nicodemus, de los principales entre los judíos; este se fué de noche á Jesús y le dijo: Maestro, sabemos que has sido enviado por Dios para enseñar, porque ninguno puede hacer los prodigios que tú haces, si no tiene á Dios consigo...” ¿Cuántos obstáculos á la fe y á la piedad se encuentran aun en el mundo que fueron vencidos por Nicodemus!

Lo primero. *Los vínculos con un partido acreditado.* Nicodemus era de una secta de los fariseos. Esta secta hacia profesion de una moral severa y de una observancia rigurosa de la ley; pero al mismo tiempo era supersticiosa, hipócrita, orgullosa é indócil; había ya manifestado su odio contra el precursor y no escondia la aversion que tenía á Jesucristo. ¡Oh! ¡y cuán importante es que cada uno considere bien con qué compañías se empeña y con qué personas hace liga!

Lo segundo. *La altura de una clase distinguida.* Nicodemus era uno de aquellos que se llamaban príncipes de los judíos, ó sea cabezas de familia, que eran miembros del soberano consejo de la nacion. El fausto y las riquezas que acompañan la cualidad, los honores y las dignidades del siglo, difícilmente se concuerdan con la humildad, que es la base del cristianismo. Puesta una persona en alta jerarquia, fácilmente creeria bajarse demasiado si viese lo mismo que ve el pueblo, si se moviese de lo que se mueve el pueblo, si profesase la misma religion que profesa el pueblo.

Observemos lo tercero. *El crédito de una edad avanzada.* La madurez de los años de Nicodemus no sería que oyesa las lecciones de un hombre á quien no se daban aun cuarenta años... Cuanto mas adquirimos de crédito y autoridad por nuestra edad respetable, tanto mas observada es nuestra conducta; tanto mas se murmuran nuestros cambios y tenemos menos fuerza para despreciar los juicios de los hom-

bres y para vencer nuestros propios hábitos. Guardémonos, pues, de dilatar á un tiempo tan incierto y á una edad tan débil, la ejecucion de los buenos deseos que el cielo nos inspira. Es ciertamente muy tarde empezar en esta edad á instruirse en la propia religion, á creer y á emprender la mudanza del corazón y á disponerse á una nueva vida, principalmente cuando se ha pasado la juventud en el libertinaje y se ha llenado el espíritu de dudas y de ciertas quejas inspidas sobre la religion. Nicodemus no se hallaba en esta situacion; pero leyendo la ley no había estudiado su espíritu.

Los obstáculos de que hemos hablado eran grandes, y ciertamente Nicodemus los venció. Se fué á Jesucristo, pero no sin manifestar alguna flaqueza... Tenia el corazón recto, y á pesar de sus prejuicios, quedó sorprendido de los prodigios de Jesucristo; de hecho era difícil el no sentir su impresion. ¿Y cómo todos los judíos de aquel tiempo y todos los incrédulos del nuestro pueden sostener su esplendor sin caer á los pies de Jesucristo? Nicodemus fué á encontrar al Salvador, pero de noche. ¡Oh temor del mundo! ¡oh respeto humano! ¡cuántas conversiones has impedido! ¡cuántos réprobos has hecho! No se atreve, pues, ¡oh sabiduría divina! no se atreve á hablaros en medio del día ni á declararse abiertamente por vos. ¡Un grande del mundo se reputaria deshonrado, ¡oh rey de la gloria! si fuese hallado conversando con vos y recibiendo vuestras instrucciones? ¡Oh Jerusalem, que tienes en tal esclavitud tus habitantes! ¿qué diluvio de pecados y de desgracias por ellos no tiras sobre tí? Nicodemus mostró aun mas flaqueza en sus sentimientos que en su proceder... “Maestro, dijo al hablar á Jesucristo, nosotros conocemos que has sido enviado por Dios para enseñar, porque ninguno puede hacer aquellos prodigios que tú haces si no tiene á Dios consigo...” Era esta, á la verdad, una confesion principada que hacia de la divinidad de Jesucristo, pero no una confesion decisiva. Mejor habían pensado y hablado de Jesucristo los primeros discípulos del Salvador, antes de haber visto algun milagro. “Andrés dijo á su hermano: hemos encontrado al Mesías... Felipe dijo á Natanael: hemos encontrado aquel de quien escribió Moisés en la ley y los profetas...” Natanael á una sola palabra que le dijo Jesús, gritó: Maestro, tú eres el Hijo de Dios... He aquí á donde lo había guiado el testimonio de Juan y la circunstancia del tiempo señalado por los profetas para la venida del Mesías; y he aquí donde no llega este grande, este docto, este fariseo, que debía estar mejor instruido que los discípulos, y que además había sido testigo de tantos prodigios... Con todo, Jesucristo no lo desechó, tuvo compasion de su flaqueza, no desdenó sus anticipadas protestas, aprobó sus primeros esfuerzos, lo acogió con bondad y lo instruyó

tambien de los mas altos misterios, de una manera proporcionada á su situacion, pero sin tener demasiada atencion á su delicadeza y á sus prejuicios. Cualquiera obstáculo ó impedimento que se nos ponga por delante en órden á nuestra salvacion, no desesperemos, recurramos á Jesús, por grande que sea nuestra flaqueza y nuestra debilidad, representémosla y hagamos algun esfuerzo de nuestra parte; él es la misma bondad, nos recibirá, nos fortalecerá y nos instruirá.

## PUNTO II.

## OBSTÁCULOS POR PARTE DEL ESPÍRITU, DE QUE FUÉ LIBERADO NICODEMUS.

Primer obstáculo para la fe: un espíritu fuerte, que entiende materialmente las cosas y nada cree. “Respondió Jesús y le dijo: en verdad, en verdad te digo, que cualquiera que no nacera de nuevo, no puede ver el reino de Dios...” Dijo le Nicodemus: ¿cómo puede ser que un hombre nazca de nuevo cuando ya es viejo? ¿puede él por ventura volver á entrar en el seno de su madre y renacer?” El docto fariseo tomando las palabras del Salvador en un sentido material y grosero y sin pedir alguna declaracion, empezó por sí mismo á explicar lo que era necesario para recibir este segundo nacimiento de que se le hablaba. Habría sido necesario segun su manera de pensar, que un hombre, aunque avanzado de edad, entrase otra vez en el vientre de su madre y volviese á salir de nuevo por la segunda vez; de donde concluia, pero sin decirlo, sino dándolo suficientemente á entender, que la cosa era imposible y que en sí contenia contradiccion. He aquí cómo lo piensan nuestros espíritus fuertes; toman el equivoco en todas las cosas, tienen ideas bajas y viles, no ven otra cosa en el hombre que materia, prejuicio en la virtud y en el vicio; en la Iglesia no ven mas que politica, en el órden del universo no ven otra cosa que acaso, y en los designios de la creacion, nada mas que el siglo presente; de lo que concluyen, que cuanto se dice en órden á lo mas noble y á lo mas elevado, repugna y es imposible. Jesús, que había visto el yerro de Nicodemus y que quería que sirviese para su conversion, le respondió: “En verdad yo te digo, el que no renacera por medio del agua del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne, y lo que es engendrado del espíritu, es espíritu. No te maravilles si te he dicho: es necesario que nazcas de nuevo.” Como si Jesucristo le hubiese dicho: es necesario que el hombre renazca, no del vientre de su madre, sino por medio del agua y del Espíritu Santo. Y como el primer nacimiento que viene de la carne da una vida carnal y animal, así el

segundo que viene del Espíritu Santo, da una vida espiritual, santa y divina. No te maravilles ya, pues, de lo que te he dicho, que es necesario un segundo nacimiento para entrar en el reino de Dios: yo te hablo de una nueva regeneración espiritual que te ensalza sobre la ley de Moisés mucho más de lo que te ensalza sobre la naturaleza. Nosotros hemos recibido este segundo nacimiento de agua y del Espíritu Santo, por el cual hemos venido a ser hijos de Dios y de la Iglesia. Demos gracias al Señor por tan grande beneficio. Tenemos en nosotros las dos vidas; la primera que hemos recibido del primer Adán, vida terrestre y del pecado; la segunda que hemos recibido del segundo Adán, esto es, Jesucristo por obra de su espíritu, vida celestial, vida interior, vida de retiro, de mortificación, vida de recogimiento y de oración, vida de unión con Dios, vida de fe, de esperanza y de amor. ¿De cuál de estas dos vidas vivimos nosotros? ¿Ay de mí! apenas conocemos la segunda.

*Segundo obstáculo a la fe: un espíritu presuntuoso que pide razón de todo y que nada concibe.* Nicodemo reconoció su error; pero tenía aun muchas dificultades, y estaba aun muy lejos de la asunción que pide la fe. Jesús para sosegar y calmar su espíritu sobre la posibilidad de este segundo nacimiento y de esta segunda vida, bien que invisible, le hizo esta comparación, y le dijo: *el espíritu inspira donde quiere.* El viento sopla sin que alguna potencia humana pueda suscitarlo, calmarlo, dirigirlo o pararlo. . . . *Tú oyes el sonido, tú sientes la impresión, tú sabes que él existe, pero no lo ves. . . . Y no sabes de dónde venga, dónde haya tenido su principio, ni á dónde va, ni á donde irá á terminar; así te sucede á cualquiera que ha nacido del espíritu;* como si le hubiese dicho: este renacimiento ó segundo nacimiento de que te hablo, que se hace por obra del Espíritu Santo, no se ve con los ojos, pero no es menos real. El viento, que no se ve, y cuyo sonido se oye y se ven sus efectos, es una imagen del Espíritu Santo, que no se ve obrar dentro del hombre donde espira cuanto le agrada y como le agrada; pero que ciertamente, hablando por lo regular, no obra sin que de él se vean efectos exteriores. . . . No podía Jesús haber escogido mejor figura ni mejor ejemplo. Entre todos los fenómenos de la naturaleza, el viento, por su irregularidad, por su fuerza y por su invisibilidad, es uno de los más propios para dar á conocer la potencia de Dios y la incomprendibilidad de sus obras y para hacer percibir al hombre su debilidad y su dependencia. El ejemplo no tenía réplica para uno que hubiese querido creer; pero Nicodemo quería comprender, y respondió: *¿cómo puede ser esto? ¿Cómo? ¿y por qué?*

1 Esta comparación es tanto más bella y más enérgica, cuanto en la lengua original, la misma palabra significa el viento y el espíritu.

he aquí el escollo en que en todos tiempos ha ido á romperse la presunción y por el que ha naufragado.—No puedo creer, dice el impío, lo que no concibo. ¡Ah impostor! Crees ciertamente, sin conocerlos, los fenómenos de la naturaleza por sola la relación de tus sentidos; ¿y no puedes creer cosa alguna por la relación del que ha criado la naturaleza y te ha dado los sentidos? . . . Crees mil absurdos que se contienen en tus sistemas, y los crees por la relación y autoridad de quien te los vende, aunque no los entienda mejor que tú y sin darte prueba alguna; ¿y no crees sobre la autoridad del Hijo único de Dios, que ha visto lo que te anuncia y que ha probado su misión con muchos y estrepitosos prodigios! En pieza á creer; este es el camino más seguro y el más digno de la grandeza de tu Dios, y el más proporcionado á tu debilidad. El filósofo mismo cree los fenómenos, que se fatiga en comprender y de que busca los principios y las causas; y si alguna vez Dios hace gustar la verdad de sus misterios y descubre su economía y su belleza, lo hace á un corazón humilde y sumiso que los cree, y no á un espíritu presuntuoso que antes de creerlos, pide la razón y la inteligencia.

*Tercer obstáculo a la fe: un espíritu altanero que dogmatiza sobre todo y nada sabe.* Había quedado aun en Nicodemo un residuo de orgullo farisaico y era necesario humillarlo. Jesús había conducido el espíritu de su discípulo al punto que era necesario, para que pudiese sufrir con humildad una operación tan delicada. “Respondió Jesús y le dijo: tú eres maestro de Israel, ¿y no entiendes estas cosas? En verdad, en verdad te digo, que nosotros hablamos de aquello que sabemos y atestigüamos aquello que hemos visto, y vosotros no creéis nuestras aserciones. Si yo he hablado de cosas de la tierra y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os hablase cosas del cielo?” Jesucristo no da en rostro aquí á Nicodemo con que no concibe, sino con que no sabe y con que no cree. Debería saber de hecho, que frecuentemente en la Escritura se habla de un espíritu recto y renovado, de un corazón puro y criado de nuevo y de una agua pura que debe borrar todas las manchas del pecado.—Nosotros no podemos concebir los misterios de nuestra fe; pero debemos saberlos, creerlos, adorarlos y callar. Si estamos encargados y con la obligación de enseñar, debemos también tener un conocimiento más particular; debemos saber en qué términos los propone la Escritura, y en qué hablan de ellos los santos padres; en qué sentido se deben entender los términos de la Escritura y de los padres; qué errores ha condenado la Iglesia sobre estos misterios y qué puntos ha decidido. . . . Pero el orgullo excede todos los límites y reúne en sí una extremada audacia, con una profunda ignorancia. El orgulloso habla de todo y de na-

1 Salm. L. Ezech., c. XI, v. 19, c. XXXVI, v. 25.

da se instruye. Ignora aun los primeros elementos de la doctrina cristiana y decide sobre las cuestiones más espinosas. ¿No somos por ventura nosotros de este número? ¿no ignoramos acaso lo que tenemos obligación de enseñar, y pretendemos enseñar lo que no debemos saber y lo que efectivamente ignoramos?

Si la reconvenencia hecha á Nicodemo fué mortificante, fué también saludable. El fariseo humillado no respondió ya más; su silencio fué prueba de su docilidad, y por ella mereció que Jesucristo continuase á revelar le los misterios más sublimes, y que al fin de la conferencia quedase consolado.

### PUNTO III.

OBSTÁCULO POR PARTE DEL CORAZÓN, DE QUE FUÉ PRESERVADO NICODEMUS.

El mismo Jesucristo distingue aquí estos obstáculos y dice: que entre los hombres hay algunos que huyen la luz, otros que prefieren las tinieblas á la luz y otros que vienen á la luz.

Lo primero. *Hay algunos que huyen la luz:* “y la condenación (dice Jesucristo) está en esto, que vino al mundo la luz y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran las más malas. . . .” Jesús es la luz el cristianismo es una religión de luz, el Evangelio es una ley de luz. La fe católica nos descubre lo que debemos temer y esperar en la otra vida y lo que en esta debemos huir y buscar. Todas las otras pretendidas religiones, todas las sectas, todos los sistemas de los incrédulos son tinieblas. La luz ha venido al mundo, resplandece en todas las partes; si en el mundo hay pocos fieles, no es por falta de pruebas y de conocimiento; el mal está en el corazón y en la voluntad. Los hombres han amado más las tinieblas que la luz, han preferido libremente las tinieblas á la luz, y he aquí el motivo de su condenación. ¡Oh! ¿y cuán culpable es delante de Dios esta preferencia! ¿cuántas veces yo mismo me he hecho culpable!

Lo segundo. *Hay otros que prefieren las tinieblas á la luz:* ¿y por qué? porque sus obras son malas. . . . “Porque (dice Jesucristo) el que hace mal aborrece la luz y no se acerca á la luz para que no sean reprendidas sus obras. . . .” ¿Cuál es, pues, la causa de una tan injusta preferencia? por la mayor parte de sus obras, sus pecados y su apego á la maldad; obras vergonzosas y obras de las tinieblas. Se aborrece y se huye una luz importuna que les esconde las obras de ellos los santos padres; en qué sentido se deben entender los términos de la Escritura y de los padres; qué errores ha condenado la Iglesia sobre estos misterios y qué puntos ha decidido. . . . Pero el orgullo excede todos los límites y reúne en sí una extremada audacia, con una profunda ignorancia. El orgulloso habla de todo y de na-

1 Véase la meditación siguiente.

ley que las prohibe, ó que exige una confesión humilde y sincera; y se imagina con creer nada que las esconde al conocimiento del mismo Dios y al rigor de su justicia. No nos maravillemos, pues, no nos escandalicemos de ver tantos impíos que desechan la fe, y tantos apóstatas. Si estos están abandonados á las obras de las tinieblas, esta es la causa porque huyen la luz. En vano los incrédulos exclaman contra este juicio; el ha salido de la boca de la misma verdad, y sin embargo de sus hipócritas discursos, la obscenidad de que están llenos sus libros sirve para confirmarlo más. Temamos, pues, y huyamos el pecado, que puede por grados disminuir, y al fin apagar en nosotros todas luces de la fe. La seducción y el engaño en materia de religión empieza y acaba siempre por caídas vergonzosas.

Lo tercero. *Hay otros que vienen á la luz.* “Mas el que obra según la verdad, se acerca á la luz, para que sean manifestadas sus obras, porque están hechas según Dios. . . .” Los que obran según la verdad, esto es, los que obran bien ó se arrepienten y se acusan del mal que han hecho, aman la luz. El que no ha sido corrompido del vicio y que ha seguido la ley de Dios estampada en todos los corazones, ó que habiendo seguido sus pasiones gime bajo el peso de sus pecados y se purga de sus desórdenes, recibe con júbilo la luz del Evangelio; porque estando de acuerdo con su conciencia, lo está también con Dios. ¿No sentimos nosotros mismos que nos acercamos á Dios con confianza cuando hemos seguido santamente su ley, cuando hemos obedecido sus inspiraciones, cuando hemos hecho resistencia á nuestras pasiones y conservado nuestra conciencia nos reprendiendo, nosotros nos sentimos alejar de él; experimentamos una cierta pena al ponernos en su presencia y al practicar nuestros ordinarios ejercicios de piedad. En este estado volvamos á entrar prontamente en los caminos de la verdad; acosemos, humillemos, busquemos la luz que nos hará conocer nuestra culpa, y encontraremos en nuestra humillación la paz y la confianza que hemos perdido.

Nicodemo no era de estos corazones corrompidos que tienen su interés en aborrecer y huir la luz; tuvo el consuelo de reconocerse en el retrato que Jesucristo hacía de aquellos que la buscaban. Se alegró de haberla encontrado, y á ella estuvo constantemente unido. Si usó alguna circunspección durante la vida del Salvador, usó menos después de su muerte, y mucho menos sin duda después de la venida del Espíritu Santo, cuando ya la profesión de la fe vino á ser tan necesaria para la salud como la misma fe.

### PETICIÓN Y COLOQUIO.

¡Ah! no permitas, Señor, que por la multitud de mis pecados caiga en esta incredulidad del

impío, que le hace amar sus tinieblas y temer la luz. Dadme, ¡oh Dios mio! aquella fe viva que hace aborrecer las tinieblas, buscar, hallar y seguir vuestra luz; creo, ¡oh divino Salvador mio! vuestros misterios incomprensibles; no quiero para creerlos otro fiador de su verdad que vuestra palabra. ¡Ah! ¿quién soy yo para examinar su profundidad? Aumentad mi fe, ¡oh Señor! hacéme la gracia de que viva según mi fe, para que pueda ver en el cielo lo que solo puedo creer y adorar sobre la tierra. Amen.

### MEDITACION XXXVIII.

#### DE OTROS MISTERIOS QUE JESUS REVELO A NICODEMUS.

Estos misterios son: primero, la divinidad de Jesucristo, fundamento de nuestra fe; segundo, la muerte de Jesucristo, principio de nuestra esperanza; tercero, el amor de Dios para con los hombres, motivo de nuestro amor para con Dios.

### PUNTO I.

#### DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO, FUNDAMENTO DE NUESTRA FE.

Para acabar Jesús de someter el espíritu de Nicodemo y obtener una fe perfecta, después de haberle dicho: si lo que te he enseñado de la regeneración espiritual que se hace sobre la tierra, y de que te he dado un ejemplo palpable, no lo crees, ¿cómo me creeras si te revelo lo que se hace en el seno de Dios, si te descubro los secretos del cielo, de que aun no ha sido favorecida la tierra? añadió: "Ninguno subió al cielo, fuera de aquel que bajó del cielo. El Hijo del hombre que está en el cielo..." Como si le hubiese dicho: ninguno puede enseñarte estas verdades celestiales sino el primogénito entre los hombres; porque *ninguno subió al cielo para sacar de allí la ciencia de Dios, fuera de aquel que bajó del cielo para la instrucción y la salud del mundo, y que conversando y viviendo sobre la tierra, no deja de estar actualmente en el cielo.*

Primeramente. *Con estas palabras el Salvador nos enseña como él ha subido al cielo.* Por el cielo, que nosotros miramos como el trono de Dios, Jesucristo entiende el seno mismo de la Divinidad, esto es, las tres divinas personas que realmente distintas entre sí, tienen una misma naturaleza y son un solo Dios. Es allí al seno mismo de la Divinidad a donde como hijo del hombre, Jesucristo ha subido, cuando por su encarnación su santa humanidad concebida en el seno de la

Virgen por obra del Espíritu Santo, fué unida al Verbo de Dios en unidad de persona. Desde entonces, en Jesucristo, Hijo único de Dios, el hombre es Dios y Dios es hombre; desde entonces el alma santa de Jesucristo fué admitida á la visita intuitiva de Dios y á todos los consejos de su sabiduría en una manera jamás concedida á criatura alguna, y ella ha recibido todas las gracias, todos los conocimientos y todo el poder que convenia á su dignidad de Hijo de Dios, y a su calidad de Señor, de Salvador y de Juez de todo el universo.

Lo segundo. *Con estas palabras Jesucristo nos enseña cómo ha bajado del cielo.* Ha bajado por medio de su encarnación, cuando este Verbo divino ha sido hecho carne y revestido de una carne ha habitado entre nosotros. Ha bajado; porque su santa humanidad, bien que unida sustancialmente al Verbo, dejaba de estar sobre la tierra, de vivir y de conversar con los hombres; y este hombre que se veía sobre la tierra, no era otra cosa que el Verbo de Dios, que se había encarnado, tomando sobre la tierra un cuerpo y un alma como nosotros.

Lo tercero. *Con estas palabras Jesucristo nos enseña cómo él está aun en el cielo.* Estaba en él cuando hacia este discurso y todo el tiempo que se mostró sobre la tierra; porque el Verbo encarnándose había salido del seno de su Padre sin abandonarlo, había bajado del cielo sin cesar de estar en él. Estaba en él porque aunque su santa humanidad estuviese sobre la tierra, estaba siempre sustancial é inseparablemente unida al Verbo la segunda persona de la Santísima Trinidad y su alma gozaba siempre de la clara vision de Dios. He aquí quién es el autor y el fundamento de nuestra fe. ¿Haremos, pues, nosotros mal en creer sobre su palabra todo aquello que nos ha revelado, y en sujetarnos enteramente á él? ¿Haremos mal en estar dispuestos, como los mártires, á derramar nuestra sangre por todas las verdades que nos ha enseñado? Los impíos, pues, que se complacen de comparar nuestros misterios y nuestras prácticas con las fúbulas y con las supersticiones de los idolatras, vayan una vez hasta el origen. Pregunten á aquellos sobre qué fundamento creen y obran, y después confronten su respuesta con lo que forma el fundamento de nuestra fe.

Después de su ascension, Jesucristo está siempre sentado á la diestra de Dios su Padre, de la que no bajará hasta el último día, para juzgar los vivos y los muertos. Nosotros decimos; es verdad, que baja ahora todos los días del cielo sobre nuestros altares en la divina Eucaristía; pero lo hace con multiplicar su presencia, y no con dejar el cielo.

### PUNTO II.

#### DE LA MUERTE DE JESUCRISTO, PRINCIPIO DE NUESTRA ESPERANZA.

Primeramente. *De la predicación de esta muerte.* Jesucristo la anuncia: "Y así como Moisés dijo á Nicodemo, alzó en el desierto la serpiente; de la misma manera es necesario que sea levantado el Hijo del hombre."

Primero. *La muerte de Jesucristo fué predicha, anunciada y figurada por el legislador de la nacion judaica.* Los israelitas en el desierto, habiendo sido mordidos por una multitud de serpientes en castigo de sus pecados,<sup>1</sup> Moisés por orden de Dios alzó una serpiente de bronce, la puso sobre un palo, y mirandola los israelitas sanaron de sus heridas. Figura de Jesucristo alzado sobre una cruz, para librarnos de la serpiente infernal y del pecado.

Segundo. *La muerte de Jesucristo fué tambien predicha aun con las mas menudas circunstancias por los profetas.* Jesucristo, en su muerte como en su vida, fué el cumplimiento fiel y literal de la ley y de los profetas.—*Esta muerte de Jesucristo fué anunciada por el precursor* cuando él dijo: "Veis aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo."<sup>2</sup>—*Finalmente, ha sido predicha por Jesucristo mismo:* desde el primer viaje que hizo á Jerusalem anunció su muerte en público y en particular, en el templo y en la casa, el día y la noche. Esto es lo que dijo á los judíos que se habian juntado al rededor de él en el templo, añadiéndoles la predicación de su resurrección después de tres días. Aquí tambien habla y especifica á Nicodemo el género de su muerte, que será el suplicio de la cruz por la salvación de los hombres, la anunciará aun otras veces, señalará las circunstancias y nombrará los autores. ¿Una muerte así predicha y así sufrida y por un fin tan noble, es por ventura una flaqueza, una debilidad? Debería ser para los judíos un escándalo y una necedad para los gentiles? ¿no debiera ser para los unos y para los otros un objeto de admiración, de amor y de reconocimiento, y el principio de una sólida esperanza y de la mas entera confianza?

Lo segundo. *De la necesidad de esta muerte.* "De esta misma manera es necesario que sea levantado el Hijo del hombre..." Es necesario que la malicia, la incredulidad de su pueblo lo cleve en alto sobre la cruz y que en ella muera.—*Es necesario de parte de Dios, de parte de los hombres y de parte de Jesucristo mismo.—De parte de Dios:* bien podia, sin duda, salvar á los hombres de otras muchas maneras; pero ha escogido y determinado esta, porque ninguna otra

manera de salvar los hombres habria tan plenamente reparado el ultraje que le habia hecho el pecado; ninguna otra habria publicado tan altamente su grandeza, su justicia, su santidad y el odio que tenia al pecado; ninguna otra habria tan claramente manifestado su bondad y su misericordia, y ninguna otra habria hecho resplandecer con tanta luz su gloria y su sabiduría, porque en esta sola muerte ha sabido renir todos los derechos de su justicia irritada, con todos los favores de su divina misericordia. *Fué necesario de parte de los hombres.* Esta muerte era el medio mas propio para hacerlos conocer la grandeza de Dios, la enormidad del pecado y los terribles castigos que mereca, para hacerles conocer la necesidad en que están de crucificarse á sí mismos y animarlos á hacerlo con resolución y valor, á imitación de su Salvador, y para unirlos á Dios y á su Redentor con los lazos de la mas perfecta confianza, del mas vivo reconocimiento y del amor mas tierno.—*Fué necesario finalmente de parte de Jesucristo.* Una muerte tan ignominiosa y tan dolorosa, podia solo satisfacer al amor infinito con que amaba á su Padre y al deseo ardiente que tenia de rescatarnos de la manera mas abundante, mas gloriosa á Dios y mas útil para nosotros. Esta muerte solo podia procurarle aquella gloria inmenza de que queria coronarlo su padre, estableciéndolo mediador entre él y los hombres. ¡Oh, qué gloria para este divino Salvador haber reconciliado al cielo y la tierra, y haberlo hecho de una manera tan generosa! Si el espíritu de Jesús estuviera en nosotros, comprenderíamos que es necesario, que es útil y que es glorioso para nosotros el que somos crucificados con él. Esta verdad nos libraria de muchas penas, sofocaria en nosotros muchas quejas y las convertiría en jubilo y en acción de gracias.

Lo tercero. *De los frutos de esta muerte.* Jesucristo nos predice: "para que cualquiera que en él crea no perezca, sino que tenga la vida eterna..." El primer fruto de esta muerte, es impedirnos el pecar, librándonos de la esclavitud eterna que incurrimos por el pecado de nuestro primer padre y por los nuestros. El segundo es, habernos merecido una vida eterna, con todas las gracias y con todos los socorros necesarios para llegar á ella.—"Oh amadores de la vida! ¿por qué despreciáis vosotros una que es eterna, por estar pegados á una transitoria y mortal? Pecadores oprimidos bajo el peso enorme de pecados sin número, ¿por qué os obstináis en pecar? Alzad los ojos, mirad á Jesús en la cruz; su muerte ha pagado por vosotros; no pereceis, vivid eternamente. *Credid solamente en él;* aplicaos los méritos de su sangre recibiendo los sacramentos que él ha establecido. *Credid en él;* escuchadlo como vuestro Maestro, obedecedle como á vuestro Señor, imitadlo como á vuestro modelo, confiad en él como en vuestro Salvador. *Credid en él* y contad desde luego con la vida eterna que

1 Num., c. XXI, v. 19.

2 San Juan, c. I, v. 19.

os promete y que os ha merecido con su muerte. — Almas cristianas, ¿para qué todas esas inútiles inquietudes, que sin haceros mejores no hacen otra cosa que turbaros y alejaros de vuestro libertador? Vuestros temores lo deshonran y vuestras desconfianzas lo ultrajan; después de haber moralmente hecho de vuestra parte lo posible, si os dejais aun sorprender de ciertos temores y penas, esto no procede de que hayais pecado, sino de que tenéis poca fe.

## PUNTO III.

DEL AMOR DE DIOS PARA CON LOS HOMBRES, MOTIVO DE NUESTRO AMOR PARA CON DIOS.

“Porque Dios (continúa Jesucristo hablando á Nicodemos) ha amado al mundo de tal suerte, que ha dado su Hijo unigénito, para que el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna...”

Consideremos lo primero que Dios nos ha dado en la persona de su Hijo único, el objeto de su ternura y de sus complacencias. Cuando Dios nos hubiese dado todos los ángeles y el universo entero, ¿qué proporción hay entre estos dones y el que nos ha hecho dándonos á Jesucristo? Dándonos su unigénito Hijo nos ha dado todas las cosas.... Este Hijo es el único heredero del Padre. El Padre, dándonos su Hijo, sabía muy bien que este heredero liberal y magnífico nos dejaría su herencia, y justamente por esto nos lo ha dado. Dándonos su Hijo, nos ha dado el cielo y la misma Divinidad, de que nos ha hecho participantes este Hijo amado, procurándonos la adopción de hijos de Dios. ¿Qué sublimes verdades! ¿qué bondad! ¿qué amor! ¡Oh Dios mío! si yo me debo todo á vos por el beneficio de la creación, ¿qué os daré ni qué os pueda dar por el beneficio de la redención, y de una tal redención?

Lo segundo. Observemos á quién ha dado Dios su Hijo. Al mundo, á los hijos de un padre peccador, ellos mismos peccadores y manchados de mil culpas; á un mundo rebelde á su Señor, enemigo de su bienhechor, dado á la idolatría y á todas las abominaciones que son su natural consecuencia. No la habéis hecho así, ¡oh Dios mío! con los ángeles rebeldes; apenas completaron su desobediencia por un solo pecado de pensamiento y de un instante, no teniendo algun miramiento á su número, á la excelcencia de su naturaleza, á los muchos males que ocasionaría su desesperación ni á los grandes bienes que pudiera haber traído su conversión, los precipitasteis de lo alto del cielo á un infierno eter-

1 Ad. Rom. c. VII,

2 Ad. Hebr., c. I, v. 1, Ad. Rom., c. VIII, v. 15.

no. ¿Quién os impedía tratarnos con la misma severidad? ¿y dónde estaríamos nosotros si lo hubiérais hecho? Pero en lugar de un castigo tan justamente merecido, vos nos disteis á vuestro Hijo único para salvarnos, y vos lo entregasteis á la muerte por todos nosotros sin excepción.<sup>1</sup>

Lo tercero. Examinemos cómo nos ha dado Dios su Hijo enteramente. El don que Dios nos ha hecho es sin reserva. Jesús todo entero es nuestro, sus gracias, sus méritos, su vida, sus trabajos, su sangre, su muerte, su gloria y su misma divinidad. Jesús es nuestro rey para gobernarnos, nuestro maestro para enseñarnos, nuestra guía para conducirnos, nuestra cabeza para animarnos; Jesús es nuestra fuerza, nuestra luz, nuestro consuelo, nuestro tesoro, nuestro júbilo y nuestra vida. Jesús en el pesebre se ha hecho nuestro modelo, sobre la cruz nuestro precio, sobre el altar nuestra víctima; en la sagrada mesa nuestro alimento, y en el ciclo nuestra recompensa. ¡Oh amor divino, infinito é incomparable!

Lo cuarto. Examinemos á qué fin nos ha dado Dios su Hijo. Para salvarnos y hacernos gozar de una vida eterna. “Porque ciertamente (añadió Jesucristo) no ha enviado Dios al mundo su Hijo para condenar al mundo, sino para que por medio de él el mundo se salve. El que cree en él no está condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no cree en el nombre del unigénito Hijo de Dios....” Dios no ha enviado al mundo su Hijo para juzgarlo, condenarlo y castigarlo, como lo merecía, sino para salvarlo. El que cree en él está libre de la condenación, y ya nada tiene que temer; pero el que rehúsa creer no tiene necesidad de ser condenado, ya lo está, y persiste en su condenación, supuesto que no quiere reconocer al único Hijo de Dios, que solo podría librarlo. Este nuevo pecado es el mas grande de todos y pone el colmo á todos los demás.

## PETICION Y COLOQUIO.

No permitais, ¡oh Dios mío! que yo sea del número de estos ingratos. ¡Ah! repararé antes bien con la eficacia con el celo y con el ardor de mi corazón, los ultrajes que ellos hacen á vuestro divino amor. Haced que con obras animadas de la caridad, hechas en vos y por vos, merezca finalmente poseeros. Yo me reconozco peccador, y el mas grande de todos los peccadores; pero aunque tan grandemente culpable, me arrojo con confianza en vuestros brazos. El precio de vuestra muerte no tiene límites, es en mucho superior á mis ofensas. Espero en vos, ¡oh Jesús! aumentad mi confianza; creo en vos, ¡oh adorable Salvador mío! aumentad mi fe, os amo á vos, ¡oh divi-

1 Ad. Rom., c. VIII, v. 23.

no Redentor mío! aumentad mi amor, para que pueda veros y amaros eternamente en el ciclo. Amen.

## MEDITACION XXXIX.

TERCERO Y ÚLTIMO TESTIMONIO QUE DA DE JESUCRISTO JUAN BAUTISTA.

San Juan, c. III, v. 22, 23, 24, 25.

“Después de esto, vino Jesús con sus discípulos á la Judea y allí se detuvo con ellos y bautizaba. Y Juan estaba también bautizado en Ennon, cerca de Salin; porque allí habia muchas aguas y la gente concurría y eran bautizados. Porque no habia sido aun Juan puesto en prison. Y nació disputa entre los discípulos de Juan y los judíos en orden á la purificación.

Jesucristo después de haber ganado á la fe á Nicodemos, aquel grande de Jerusalen y aquel sabio de la sinagoga, se alejó de la capital; era después de la fiesta de la Pascua. No dejó la Judea, se detuvo allí algun tiempo y comenzó á bautizar, no ya el mismo, sino por mano de sus discípulos. Juan Bautista ya no estaba entonces en Betania sobre la ribera del Jordan, y las escritas y fariseos lo habian verisimilmente forzado á retirarse á la Judea, donde se detuvo y bautizó en una ciudad dependiente de Herodes Tetrarca, de quien hasta entonces no habia recibido algun mal tratamiento. Ahora el bautismo de Jesucristo vino á ser una materia de disputa entre los judíos y algunos discípulos del Bautista. Sostonian aquellos el bautismo de Jesucristo, que se administraba en su pais y que acaso ellos habian recibido; y los discípulos del Bautista defendían el de su maestro, temiendo que padecería su reputación, y que su ministerio vendría á desacreditarse insensiblemente. llenos, pues, de este espíritu de envidia, corrieron al precursor, con intencion de darle las quejas.

## PUNTO I.

QUEJAS QUE LLEVAN Á JUAN BAUTISTA SUS DISCÍPULOS.

Estas quejas tenían tres objetos: la persona de Jesucristo, su bautismo y sus discípulos.

Lo primero. La persona de Jesucristo. Los discípulos celosos acercándose á Juan Bautista, le dijeron con calor: “Maestro, mira que aquel que estaba contigo á la otra parte del Jordan, de quien tú distes testimonio, bautiza....” Todo el mundo corre hácia él, y todos van á él. Tales son los caracteres, ó sea los funestos efectos

de la envidia: primero, ella se extiende en amarrazas quejas. Los que habian sostenido el bautismo de Jesucristo, no se lamentaban de Juan: después de haber defendido su causa, se estuvieron tranquilos y no le hablaron al Salvador. Aquellos que hablan sin cesar contra los que no lo hacen así con ellos, dan bastante á conocer que favorecen la pasion y no el buen derecho. Guardémosnos de escuchar, y mucho mas de creer á estos continuos murmuradores; reprendámoslos, ó á lo menos hagamos con nuestro ejemplo que callen.

Segundo. La envidia se manifiesta por medio de un desprecio afectado. Se habla con desprecio de aquel cuya gloria nos ofusca. Una reputacion merecida, luminosa, universal, irrita el corazón envidioso, que se venga por medio de todas las ocasiones y que inspira en los otros. Maestros, dijeron los discípulos de Juan, aquel que estaba contigo á la otra parte del Jordan, que era como uno de sus discípulos, que vivía con tus discípulos; mira que este ahora se iguala á tí, usurpa tu empleo y bautiza como tú.... Ni siquiera se dignan de nombrarlo; ya no conocen á aquel que delante de sus ojos sanó tantos enfermos y obró diferentes milagros.

Tercero. La envidia se desahoga con interpretaciones malignas, que vuelven contra aquel que persiguen cuanto pudiera serle favorable. Esto algunos veces es efecto de pura malignidad. En los discípulos de Juan lo era, á lo menos, de un grosero error. Aquel de quien tú diste testimonio.... Pensaba que Jesucristo tuviese tanta mayor culpa, cuanto mostraba mayor ingratitud con aquel que habia dado de él tan honorífico testimonio. No, ninguna cosa puede hacer impresion sobre un corazón envidioso. Si se reuniesen en favor de alguno todas las voces, los grandes, los pequeños, los reyes y los pueblos, el sacerdocio y el imperio, y se conviniese tambien con estos el mundo entero en darle un ventajoso testimonio, el envidioso le imputa á delito aun el mismo ventajoso testimonio. Ambición, estratagemas, cábala, maldad inaudita. ¡Oh, y qué ciega es la envidia! ¿y sucederá algunas veces que aun personas por otra parte de bien, se dejen sorprender de ella? Examinemos nuestro corazón sobre este punto y no nos lisonjemos. Si nosotros mismos fuésemos el objeto, no nos inquietemos: ¿cómo podremos lamentarnos, después que Jesucristo mismo ha querido el primero ser la víctima?

Lo segundo. Las quejas de los discípulos de Juan tenían por objeto el bautismo de Jesucristo: “mira, tenian por objeto el bautismo de Jesucristo: “mira, decían, que él bautiza....” Con qué sentimientos, y con qué miras refieren ellos este hecho, para animar al santo precursor contra el Maestro y empujarlo á declararse contra este nuevo bautismo, que ellos miraban como una injusta usurpacion del ministerio de su maestro? De esta

manera, ¡oh Jesús! la primer práctica de religión y primer sacramento que habeis instituido, ha experimentado las oposiciones de un celo falso, ciego y precipitado. Así tambien ahora, cuando emprenden vuestros siervos por vuestra gloria debe estar señalado con el sello de la contradicción. Guardémonos de criticar las obras de piedad que vemos emprender á otros, y no dejemos de emprenderlas nosotros mismos por temor de la critica. Finalmente, suframos con paciencia, sin rebatir injuria con injuria, sin aborrecer y sin declamar contra aquellos que contra nosotros ejercitan una critica injusta.

De qué sentimientos de júbilo no fué penetrado el corazón de Juan Bautista cuando oyó la relacion que le hicieron sus discípulos: *mira que este bautiza!* ¡Oh, y cuán agradable fué esta nueva para él, que ya de largo tiempo anunciaba este divino bautismo! Sentimientos de alegría con que debemos nosotros mismos oír estas palabras. ¡Oh fóliz anuncio para todos los hombres! Finalmente, Jesús bautiza, y con su bautismo nos da un nuevo nacimiento; borra todos nuestros pecados, nos libra de toda la pena en que habiamos incurrido, y nos hace hijos de Dios y herederos del cielo.

Lo tercero. *Los discípulos de Juan se lamentan con él de que muchos siguen á Jesús, todos van á él.* Esto, segun ellos, era un gran desorden, y san Juan no podia emplear mejor la autoridad que se habia adquirido, que en contener el mal y desengañar los pueblos. . . . Después de haber examinado los funestos efectos de la envidia: observemos tambien los artificios y los medios. Primer artificio: la *exageracion*. Se exageran el poder, el crédito, la industria, las riquezas de aquellos á quienes se tiene envidia, para hacerlos odiosos. Los ojos de envidia multiplican las ventajas ajenas, para ser á un mismo tiempo el tormento del envidioso y el medio de que se sirve, para desacreditar á aquellos cuyos sucesos lo hieren. Segundo artificio: la *disimulacion*. El interés, que hace hablar al envidioso, es lo que esconde él con mayor cuidado. La boca dice: *tudo el mundo va con él*, y el corazón dice: *ninguno viene con nosotros*. El envidioso no se atreve á lamentarse de lo que le falta; el manifestarlo le haria poco honor; pero lamentándose de lo que tienen los otros, no es sensible á otra cosa que á lo que él no tiene. Tercer artificio: la *insinuacion*. Se ingenia el envidioso para mover y estimular á otros, por el mismo motivo de interés de que él está animado. Si los discípulos de Juan temian ser abandonados, daban á entender bastante á su maestro que él mismo tambien debia temerlo. Con este artificio la envidia se extiende bien lejos y comunica su veneno á aquellos que por su estado debieran estar exentos. ¡Ah! guardemos nuestro corazón de un vicio tan vil, observemos nuestros discursos y veamos si la envidia tiene en ellos alguna parte; finalmente,

guardémonos contra las insinuaciones de los otros.

## PUNTO II.

RESPUESTA DE SAN JUAN BAUTISTA Á SUS DISCÍPULOS.

Si estos hombres celosos hubiesen sido discípulos de los fariseos, hubieran sido verisimilmente durante toda su vida enemigos y perseguidores de Jesucristo; pero por fortuna suya, su Maestro era san Juan Bautista, que supo instruirlos sin exacerbarlos. Su respuesta se funda sobre tres puntos.

Primero. *Sobre lo que mira á él mismo:* y de esta primera parte de su respuesta se pueden deducir cuatro maximas para preservarnos de la envidia. Primera maxima: *Todo bien viene del cielo.* “Respondió san Juan, y dijo: no puede tener el hombre cosa alguna, si no lo viene del cielo. . . .” Como si hubiese dicho: aquel de quien vosotros me hablais, tiene un poder que no pueden dar los hombres y que ha recibido del cielo. Riquezas, honores, autoridad, crédito, talentos, sucesos, todo viene de Dios, que dispone de ello como le agrada, sin que ninguno puede apropiarse por sí cosa alguna contra su suprema voluntad é independientemente de su providencia. Lo que tenemos nosotros, Dios nos lo ha dado: lo que tienen los otros, Dios igualmente se los ha dado. ¿No es Dios por ventura el dueño de sus dones? ¿Y quién somos nosotros para oponernos á él y censurarlo? Segunda maxima: *Cada uno debe contenerse en los límites de su vocacion y de su estado, y gloriarse de ello:* “Vosotros mismos me sois testigos, como dije; no soy yo el Cristo, sino que he sido enviado á precederlo,” como su precursor para prepararle el camino. . . . Esto es: vosotros decís que yo he dado testimonio á Jesús, y por él vosotros mismos reconocísteis que él es mas que yo, porque mi testimonio contenía dos cosas: primera, que yo no era Mesías; segunda, que yo era su precursor; veis aquí lo que de hecho es él y lo que yo no soy. Tercera maxima: *No se debe tener otra cosa á la vista, que la gloria de Dios, el interés de Jesucristo y el bien de las almas.* “Esposo es aquel, dice san Juan, que tiene la esposa; pero el amigo del esposo que está en pie al oírlo, se llena de gozo á la voz del esposo. Tal gozo, pues, propio de mí, lo tengo cumplidamente. . . .” Esto es: Jesús es el esposo, á quien se ha dado á la Iglesia por esposa. Ahora que vosotros me anunciáis, que la voz del esposo se deja ya sentir, que él mismo habla á su esposa, que la instruye, que la santifica: *Tal gozo propio de mí, lo tengo cumplidamente.* Tales serán los sentimientos de cualquiera que será amigo del esposo, como san Juan; se alegrará de

tudo lo que se hará por las ventajas de la Iglesia, por la edificación de los fieles y por la salvacion de las almas, por cualquiera que se haga este bien. Cuarta maxima: *Es necesario alegrarse de la gloria de Jesucristo, aun cuando esta venga procurada con menoscabo de la nuestra. . . . El debe crecer y yo bajar.* Tales eran los generosos sentimientos de Juan Bautista. Conviene que Jesucristo crezca por la celebridad de su nombre, por el éxito de sus trabajos, por el esplendor de sus milagros, por lo sublime de su doctrina y por el consuelo de los pueblos, y que yo sea oscurecido, olvidado, sobrepujado y anonadado. . . . Con tales sentimientos un cristiano es inaccesible á la envidia y se hace capaz de curarla en otros.

Segundo. *San Juan se explica sobre lo que pertenece á Jesucristo.* “El que viene de arriba es sobre todos, y el que viene de la tierra, á la tierra pertenece, y habla de la tierra; el que viene del cielo es sobre todos. . . .” Como si hubiese dicho: vosotros haceis entre Jesús y mí una comparacion que lo deshonra y me confunde. El Mesías es un hombre que viene del cielo, y yo soy un hombre que viene de la tierra. Este hombre-Dios que viene de allá arriba, es superior á Abraham y á los patriarcas, á Moisés y á los profetas, en una palabra, es sobre todos por cuatro caracteres que lo distinguen. Primer carácter: *la divinidad de su origen.* Los hombres, por grandes que sean, son hijos de la tierra; pero Jesucristo, que habita en el seno de la Divinidad, que es Dios y hombre, el Hijo único de Dios, que es, en una palabra, el Verbo encarnado, viene de allá arriba, viene del cielo, donde estaba desde la eternidad, antes de comparecer sobre la tierra, y no pueda compararse con algun hombre. Segundo carácter: *la fuerza de su testimonio.* El hombre ignora los misterios escondidos en el seno de Dios, y habla solo segun la capacidad de su espíritu, que aun ayudado de las luces de la fe, es siempre infinitamente limitado; pero aquel que viene de arriba, tiene toda la plenitud de las luces divinas, que ha sacado del seno de la Divinidad, y goza un conocimiento perfecto é inmediato de todos los misterios del cielo. Ahora, Jesucristo, continúa san Juan, *atestigua cosas que ha visto y ha oído;* esto es, que sabe con una ciencia cierta y divina, y apoya su testimonio en obras milagrosas, que no pueden ser de otro que de Dios. Con todo, ninguno, añade, *da fe á su testimonio:* la perversidad de los hombres es tan grande, que bien pocas se encuentran que estén convencidos de su testimonio hasta hacer profesion de creer en él. . . . ¡Oh cuán diferente es el lenguaje de la envidia del de el amor! Los discípulos de Juan se lamentaban que todo el mundo iba á Jesús; pero quien ama á Jesús como san Juan, podrá contenerse de exclamar como el santo precursor, que ninguno sigue á Jesús, siendo tan pequeño el número de los que están verdaderamente unidos á él: “El que ha recibido su testimonio, prosigue san

Juan, este depona que Dios es verdadero. . . .” ¡Dudaremos nosotros acaso certificar esta verdad? Los mártires la han sellado con su sangre; señalémola nosotros á lo menos con nuestras buenas obras, con una viva fe, con una firme devocion, con una caridad ardiente y con un amor perfecto. Tercer carácter: *Lo sublime de la doctrina.* “Porque el que ha sido enviado por Dios, habla palabras de Dios. . . .” Su doctrina es tan superior á la de los hombres, cuanto es superior á su origen y á la tierra del cielo. El nos anuncia los secretos y los atributos de la Divinidad, como poseyéndolos en propiedad; nos descubre las profundidades de Dios, impenetrables é inaccesibles hasta nuestros tiempos, y nos vemos en necesidad de confesar que es un Dios el que habla. Cuarto carácter: *La excelencia de los dones que ha recibido,* supuesto que Dios no le da el espíritu con medida y con reserva. *El Padre ama de tal suerte á su Hijo unigénito,* que con el poder de santificar los hombres, de salvarlos y de gobernarlos, le ha dado el de enseñarles los misterios del reino de Dios. El Padre ama al Hijo con un amor eterno, infinito, esencial y necesario, comunica al Hijo como Dios, toda la esencia de la divinidad, y lo produce igual á él; y á este Hijo como hombre, subistene en el Verbo y haciendo con él una sola persona, ha comunicado el Espíritu Santo sin medida y le ha dado toda la plenitud. “En sus manos ha puesto todas las cosas” y le ha concedido un poder sin límites. En el orden de la gracia y en el de la naturaleza, un poder soberano sobre los corazones y sobre los espíritus, sobre los cuerpos y sobre las almas, sobre las sustancias corporales y espirituales; en el tiempo y en la eternidad. “¿Qué bella suerte conocer á Jesús, y ser uno del número de los que lo siguen! ¡qué felicidad recibirlo, poseerlo, unirse á él y servirlo con fidelidad! ¡Ah! ¡cuanto es digno de nuestros respetos, de nuestras adoraciones, de nuestros servicios, de nuestra obediencia y de nuestro amor!”

Lo tercero. *Juan se explica sobre aquellos que creen en Jesucristo y sobre los que no creen en él.* *El que cree en el Hijo,* enviado para instruir y salvar los hombres, *tiene la vida eterna;* esto es, tiene ya en sí la semilla de la vida eterna; pero el que niega la fe al Hijo enviado del Padre, se priva de la felicidad prometida á los fieles, *no verá la vida y tira sobre sí la indignacion de Dios.* Y así entre el que cree y no cree se pueden considerar cuatro diferencias. Primera, *el mérito:* el que cree da gloria á Dios reconociendo su soberana veracidad, por la que es incapaz de engañarnos. El que al contrario rehusa creer, hace injuria á Dios, como si Dios no hubiese hablado bastante claro, ó que pudiese engañarnos en las cosas que revela, ó en las profecías que nos da de las revelaciones. Segunda diferencia, *el estado actual:* el que cree tiene la vida eterna, la vida de la gracia, que lo hace amigo de Dios, digno

del cielo, y que tiene en sí la prenda, la semilla y el principio de la vida de la gloria. El que no cree esta en la muerte y en el pecado, que lo constituye enemigo de Dios, y el objeto de su indignación y de su cólera. Tercera diferencia, *el estado de fuero*: en el otro mundo el que cree gozará de la vida en el cielo con aquel en quien ha creído, y esta vida será la unión de todos los placeres y el colmo de la felicidad. El que no cree no tendrá parte alguna en esta vida, será excluido del cielo; y esto que no podía en la presente vida privarse de un momento de placer terreno, será para siempre privado de la dulzura de los placeres celestiales, y sumergido en una muerte eterna, que será la unión de todos los tormentos. Cuarta diferencia, *la eternidad*: atendamos bien á aquel que habla y que nos envía su Hijo; á aquel que nos pide nuestra fe, nuestra obediencia y nuestro amor. Pensemos que es un Dios eterno que promete eternidad, que amenaza eternidad, y que no tiene otros designios que para la eternidad. Eternidad bienaventurada para el que cree; pero para el que no cree, eternidad infeliz donde será el objeto de la cólera eterna, que se afirmará y agravará sobre él. Esta cólera desde ahora está ya sobre él, y él no la siente; pero si por su infelicidad muere en ella, se dejará sentir sobre él con suplicios horribles y eternos.

## PETICION Y COLOQUIO.

¿Qué cosa no habeis hecho y qué cosa no habeis aun ahora, ¡oh Dios mio! por salvarme y por librarme de esta muerte eterna? Promesas, amenazas, bondad, amor, ternura, todo lo habeis puesto y lo poneis aun en obra para atraerme á vos. ¿Será posible que todo esto no haga impresion alguna sobre mi corazón? ¡Ah! haecid que aquel espíritu vuestro que he recibido en el bautismo, pero que he profanado, espire en mí de nuevo y sobre mí, me libre de mi corrupcion y me dé un corazón nuevo y una nueva vida. ¡Oh santo bautismo establecido por Jesucristo y perpetuado hasta nosotros sin embargo de la distancia de los lugares y del intervalo de tantos siglos! me alegro de haberos recibido. Si he tenido la desgracia de violar los empeños contraidos recibiendoos, hoy los renuevo con todo el fervor de que soy capaz. Renuncio al demonio y á sus obras, á la carne y á sus concurrencias, al mundo y á sus pompas. Quiero siempre creer y unirme para siempre á vos solo, ¡oh Dios mio, Salvador mio! Amen.



## MEDITACION XL.

## COLOQUIO DE JESUCRISTO CON LA SAMARITANA.

San Juan, c. IV, v. 1 y 18.

El sagrado historiador nos hace conocer cuáles fueron los medios que usó la Providencia para conducir bien este coloquio; divide después este coloquio en dos partes; en la primera la Samaritana reconoce á Jesucristo por un profeta; en la segunda Jesús descubre á la Samaritana que él es el Mesías.

## PUNTO I.

DE LOS MEDIOS QUE USÓ LA PROVIDENCIA PARA CONducir BIEN ESTE COLOQUIO.

Lo primero. *Jesús se vió obligado á dejar la Judea.* "Mas cuando Jesús supo que los fariseos habian entendido que iba juntando mas discípulos y bautizaba mas que Juan (aunque Jesús no bautizase sino sus discípulos), dejó la Judea y fué otra vez á Galilea...."

Jesús entendió de los discursos de los hombres, los que sabia por el conocimiento que tenia del secreto de los corazones; esto es, que los fariseos estaban informados de cuanto hacia. Persuadido, y cierto de que después de haber insultado y maltratado á su discípulo Juan Bautista, no tardarian de emplear contra el Maestro una violencia mas declarada; viendo formarse ya la tempestad, y debiendo dar cumplimiento á la obra de su Padre antes de padecer, tomó el partido de dejar la Judea y volverse á la Galilea, acompañado solamente de los cuatro discípulos que habia escogido, Pedro, Andrés, Jacobo y Juan. — ¡Providencia de mi Dios! ¡tus mismos enemigos contribuyen contra sus mismas intenciones al cumplimiento de tus designios! Los doctores de la capital obligan al Salvador á salir de la Judea, y una pecadora va disponiéndose á empeñar una ciudad de Samaria á abrirle sus puertas, á suplicarle que entre y á recibirlo....

Lo segundo. *Jesús se halla obligado á pasar por Samaria..... Debía por esto pasar por la Samaria.* Jesús de intento se habia internado en la Judea, de manera que debía necesariamente pasar por el país de Samaria, á no ser que hubiese hecho un grande rodeo, que las circunstancias de una próxima persecucion no le permitian.... De esta manera parecia que Jesús hubiese solo de la persecucion de sus enemigos; pero el Señor corria por la conversion de una pecadora, y con ella á la de todo un pueblo.

Lo tercero. *Jesús se halló en la precision de sentarse cerca del pozo de Jacob.* — "Vino, pues,

Jesús á la ciudad de Samaria, llamada *Sicar*, cerca de la posesion que dió Jacob á su hijo Joseph, y allí estaba la fuente de Jacob; y Jesús cansado del viaje estaba así sentado sobre la fuente; y era ya cerca de la hora sexta."

Jesús habiendo caminado toda la mañana y en una estacion calidísima, llegó cerca del mediodía con sus cuatro discípulos á las cercanías de una ciudad de la Samaria, llamada *Sicar*, antiguamente *Sichem*: se halló tan fatigado del camino, que le fué preciso sentarse cerca del pozo, que no estaba lejos de la ciudad, y se llamaba la fuente de Jacob — Vos os fatigais, ¡oh buen Pastor! corriendo tras la oveja perdida, y empleais el tiempo de vuestro reposo en ganarla y en instruirla. ¡Oh fatiga de Jesús! ¡y qué poderosa eres! ¡oh reposo de Jesús! ¡y cuán fecundo sois de gracia y de misericordia!

Lo cuarto. *Los discípulos de Jesucristo se hallaron necesitados de ir á la ciudad para comprar la provision de aquel dia y le dejaron solo.* "Porque los discípulos fueron á la ciudad á comprar qué comer...." Los discípulos viendo al Señor tan cansado, se fueron juntos á comprar qué comer á la ciudad, para venir después á comer con él. Esta soledad en que lo dejaron, no era efecto del acoso; Jesús la habia dispuesto, y entraba sin duda en los designios de su sabiduría. A Dios se gusta en la soledad, y ninguno hay tan ocupado, que si quiere, no pueda encontrar algunos momentos para entretenerse con Jesús.

Lo quinto. *La samaritana se halló con necesidad de ir á sacar agua.* "Vino una mujer samaritana á sacar agua...." Ven, mujer dichosa, tu Salvador te espera; te pareciera al principio ver un acoso y un encuentro fortuito; pero todo está en el dispuesto por la providencia y misericordia divina; en pocos momentos veras en ti una mudanza grande, volverás á entrar en la ciudad bien diferente de aquella que saliste. ¡Ah! si se volviere mi corazón tan dócil como está para serlo el tuyo por las lecciones de nuestro comun Maestro!

## PUNTO II.

LA SAMARITANA RECONOCE Á JESUCRISTO POR UN PROFETA EN LA PRIMERA PARTE DEL COLOQUIO.

Lo primero. *Jesús le pide de beber, y ella le responde con una palabra de burla.* "Jesús le dice: dame de beber...." Y le dijo aquella mujer samaritana: ¿cómo siendo tú judío me pides de beber á mí que soy mujer samaritana? Porque no se comunican con los samaritanos los judíos...." La sed que estimulaba á Jesucristo, no era tanto del calor del viaje ó de la fatiga, como de la conversion de esta mujer.

1 Por esto, ó por esta cosa ó motivo.

mo de la conversion de esta mujer. ¡Ay de mí nosotros somos, si no ministros, á lo menos discípulos de Jesucristo; ¿dónde están nuestros viajes, nuestros sudores y nuestras fatigas por la salud de nuestros hermanos? ¿cuál es nuestra paciencia y nuestra dulzura con ellos? ¿quién de nosotros ha experimentado una sed semejante á la del Hijo del hombre? Luego que la samaritana sacó el agua, Jesucristo quiso humillarse hasta pedirselo, para tomar de allí ocasion de hablarla, de instruirla y convertirla. Ella no se la niega; pero reconociendo por su hábito y por el lenguaje que era judío, le dijo como motejándole: ¿cómo siendo tu judío y conociéndome á mí por una mujer samaritana, me pides de beber, cuando los judíos no tienen comunicacion con los samaritanos? Ella no sabia que estaba hablando con quien bien presto debía reunir el samaritano con el judío y el judío y el samaritano con el gentil, y formar de todos los pueblos de la tierra un solo pueblo fiel; no sabia que ella misma debía estar muy presto dentro de este pueblo escogido.

Lo segundo. *Jesucristo le prometió una agua viva, y ella le pregunta de dónde lo ha de sacar.* Jesús no responde a cuanto el discurso de la mujer tiene de picante; la llama á pensamientos mas serios, estimulando poco á poco su curiosidad. "Respondió Jesús y le dijo: si supieras el don de Dios y quién es el que te dice: dame de beber, tú por ventura le hubieras pedido y habria dado á ti una agua viva...." ¡Ah! si lo conociésemos bien nosotros mismos, no le negáramos aquello poco que nos pide, aquella pequeña violencia, aquella débil sujecion á nuestras obligaciones, aquello que desde el principio exige, y no nos pondríamos sin duda en estado de recibir la abundancia y plenitud de los dones celestiales que nos prepara.

Las palabras de Jesucristo le hicieron á la Samaritana juzgar que era algo mas de lo que ella al principio habia creído, y de hecho, en adelante ya siempre le dió el título de Señor; y como deseaba saber quién fuese y sospechaba algun misterio en sus palabras, le replicó en manera de empeñarlo á explicar lo uno y lo otro: "le dijo la mujer: Señor, tú no tienes con qué sacar agua y el pozo está profundo; ¿cómo ti mes esta agua viva? ¿eres tú acaso mayor que Jacob nuestro padre que dió á nosotros el pozo y el mismo be-

1 Los samaritanos aceptaban de la Sagrada Escritura solo los cinco libros de Moisés; rechazaban á J. rusel y á adorar á Dios en el templo, y mezclaban varias supersticiones en el culto que daban al verdadero Dios. Los judíos los miraban como paganos, y no les era permitido tener alguna trato con ellos: ó igualmente les era prohibido recibir de ellos cosa alguna, ni tampoco podian usar de su hábito, ni comer á una misma mesa, ni beber en un mismo vaso; pero la ley no se extendia á prohiberles el tráfico y el comercio con ellos.